

El estatuto metapsicológico de la femineidad en el psicoanálisis tradicional

Ricardo Rodulfo

Universidad de Buenos Aires

E-mail: myrrodulfo@arnet.com.ar

Resumo: Este texto tem como objetivo recolocar criticamente as teorizações psicanalíticas da feminilidade com ênfase nas diferenças entre Freud e Winnicott.

Palavras-chave: Metapsicologia; feminilidade; psicanálise tradicional; psicanálise winnicottiana.

Resumen: Este texto tiene como objetivo a recolocar críticamente las teorizaciones psicoanalíticas de la femineidad con énfasis en las diferencias entre Freud y Winnicott.

Palabras clave: Metapsicología; femineidad; psicoanálisis tradicional; psicoanálisis winnicottiana.

Abstract: The purpose of this text is to restate the psyshoanalytic theories of womanhood with special emphasis on the differences between Freud and Winnicott.

Key-words: Metapsychology; womanhood; traditional psychoanalysis; Winnicottian psychoanalysis.

Una consideración *metapsicológica* relativa a la femineidad es como tomar el tema por la retaguardia, intentando introducirse en la llamada “problemática de género”, por una vertiente virtualmente no abordada. En –efecto, habitualmente si se interpela al psicoanálisis respecto a esta cuestión se espera enseguida ver aparecer el debate con, por ejemplo, los textos de Freud sobre la sexualidad femenina, etc., y en psicoanálisis, tomar ese camino, sigue siendo una tarea sumamente necesaria, porque

no nos engañemos: en cualquier grupo de estudio, o en la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad, se tiene que estar dispuesto a encontrar que con la mayor tranquilidad del mundo alguien enseñe la sexualidad femenina a la luz de esos textos como si fueran, digamos, verdades absolutamente comprobadas e irrefutables, y como si nada hubiera pasado en el interin; esto sigue ocurriendo y seguirá ocurriendo y compromete la formación de los analistas.

Pero yo no voy a emprender ese camino, que por otra parte cuenta con valioso apoyo contextual y me dedicaré a algo aparentemente más alejado, pero con la convicción que tengo sobre lo siguiente: todo intento en psicoanálisis de verdaderamente replantear de una manera decisiva las teorizaciones y los mitos psicoanalítico sobre la femineidad se va a ver trabado, limitado, en tanto no haya una renovación a fondo de los postulados más abstractos, en su apariencia más descarnada, más desexualizada, más inconscientes entonces, en el sentido de inconsciente teórico de la teoría psicoanalítica, de modo que entroncaré todo este territorio de debate en relación a la femineidad con la otra gran cuestión de cómo introducir en el psicoanálisis nuevos paradigmas, que no es lo mismo que cómo amañárselas para seguir pensando lo mismo de siempre, habilidad y arreglo que amenaza malversar o convertir en gatopardista aquella invocación.

Pero esto obliga, si uno quiere cuestionar los postulados, a interrogar la metapsicología y en primer lugar la metapsicología freudiana, porque sus referencias siguen pesando hasta en desarrollos en el fondo muy alejados de Freud; para esto hay que hacer una salvedad, la de que la metapsicología es un terreno con más de una trampa, una es que aparenta ser lo que viene después; es, por ejemplo, el último capítulo en "La interpretación de los sueños", donde parece ser siempre lo que viene a posteriori de hallazgos clínicos y cosas por el estilo, pero ese es un efecto de secuencia, no la secuencia real.

La metapsicología, por lo menos en sus postulados más inerciales está siempre antes, antes y envolviendo. La otra estrategia, estrategia de

texto, estrategia de escritura con la que la metapsicología nos engaña, es que la metapsicología se pretende como muy abstracta, con lo cual adquiere un ropaje de verosimilitud y de cientificidad que justamente es el más adecuado para hacer pasar de contrabando los mitos más míticos, los filosofemas metafísicos más las ideologizaciones más crasas, el ropaje de abstracción le procura un pasaporte muy seguro.

Entonces el recorrido que voy a tratar de hacer, es verificar como a partir de ciertos postulados de la metapsicología fatalmente se determina cierta concepción de la femineidad, en particular, me dedicaré a la femineidad como maternidad, y en verdad en psicoanálisis ha sido, y sigue siendo, bastante difícil desmarcar a la mujer de la madre, la madre sigue siendo la figura de la femineidad más fuerte y que desborda sobre ella misma.

Ahora bien, si uno quiere preguntarse en este plano por los postulados freudianos, diría que en última instancia hay un sólo postulado freudiano, y no precisamente el de la existencia de lo inconsciente, que ya no es un postulado es otra cosa, hay un sólo postulado freudiano, que se mantiene absolutamente invariable a lo largo de toda la obra de Freud, y cuyos efectos no cesan de repetirse; donde ese postulado se encuentra en su enunciación más desnuda, indicado de la manera más rotunda y clara, es en una obra inédita en vida, que luego conoció gran difusión.

Léase "El Proyecto", vale decir en tiempos, y esto es muy interesante, preliminares al psicoanálisis propiamente dicho. Allí ese postulado se dice en un tono absolutamente universal y abarcativo. Como un principio general del funcionamiento psíquico. Lo recordaré muy brevemente pues todos lo conocemos: el aparato psíquico consiste en neuronas y cantidad, y ese aparato psíquico no aspira sino a desembarazarse de la cantidad, se concibe así una enemistad fundamental, irreductible, entre el aparato y la *diferencia* que es introducida por la cantidad; así las cosas, la tendencia del aparato psíquico, la meta ideal a la que quiere llegar es a $Q = O$; este $Q=O$ queda inscripto a fuego, diría yo, funciona no sólo como principio de inercia, sino como una inercia en sí misma de todos los principios que

se enunciarán más tarde y que retornarán a él sin cesar. También es importante señalar que se hace evidente enseguida, contra lo que suele afirmar Freud, que es un principio *no* extraído de los hechos clínicos, de lo que Freud llama los hechos clínicos, no es ‘deducido de’, no es una explicación introducida a posteriori, sino que es un punto de partida absoluto, previo a toda experiencia clínica; más aún, el texto freudiano va a entablar una larga lucha y un largo conflicto entre ese principio que Freud sostiene a ultranza, y los descubrimientos empíricos y otras ideas de Freud que no se dejan gobernar fácilmente por él, y este va a ser uno de los desgarramientos principales y más ricos por otra parte, pero que también más generan impasse en diversos lugares de los textos freudianos. Es importante notar al respecto una cierta duplicidad de Freud: cuando le conviene invoca “los hechos clínicos”, se ampara a la sombra de lo que él llama “los hechos clínicos” y la evidencia de los hechos clínicos, por ejemplo para así oponerse mejor, defenderse, o atacar a lo que él llama “los filósofos”, que nunca dice quienes son, ni quienes serían, pero en verdad suele ampararse en “los hechos clínicos” — en la referencia a los hechos clínicos, justo en los momentos en que más está en realidad salteándolos para anteponer la fidelidad a cierto postulado o a cierto prejuicio, de manera que es casi un indicio sintomal en un texto de Freud, cuando aparece la declaración de los hechos clínicos es que se está en presencia de algo poco clínico allí, o por lo menos que no viene de la clínica sin más, y este principio de inercia, como lo veremos es enteramente filosófico de cabo a rabo todo él.

¿Pero cómo encontrar el puente, el medio para llegar desde este principio de principios, con su dimensión irreductible de tendencia a cero como su protoproposición —que condiciona toda otra cosa que se puede decir y la cuestión de las figuras de la femineidad, y en particular la de la madre? El camino parecería demasiado largo, pero hay un texto que nos ofrece más de un asidero, un texto muy ulterior pero que retorna la cuestión del principio de inercia y, que, claro, es “Más allá del principio del placer”. “Más allá del principio del placer” es un texto muy desgarrado, justamente, por todas estas contradicciones y conflictos de Freud y del

psicoanálisis y que obviamente es imposible de abordar en una sola lectura. Me limitaré a tomar un atajo a través de ciertas cuestiones para llegar al punto que me interesa. Por lo pronto, si uno se detiene en el capítulo 1, es importante tomar nota de la cantidad de veces que Freud habla de *creencia*, *de suposición*, de la creencia en el principio del placer, de la suposición del principio del placer como principio rector de la vida psíquica. En pocas páginas de Freud se encuentra tan a menudo, (y será una constante a lo largo de este libro) la cuestión de la suposición, de la creencia, y de una suposición que se va a discutir, la suposición de que el principio del placer regiría los hechos de la vida anímica. En verdad este asunto está muy hojaldrado, tiene muchas capas, esta suposición Freud la va a discutir, pero hay otras dos suposiciones que permanecerán encubiertas bajo la primera: la suposición que podríamos llamar la segunda suposición, o la suposición de la suposición, que Freud no discute y que no va a discutir, que es, no que el principio del placer rige los hechos psíquicos, sino que el principio del placer aspira a la descarga y al cero de tensión; esta –suposición pasa como de contrabando bajo la primera como si dijera 10 mismo cuando en verdad son dos cosas muy distintas. Es muy distinto sostener que el principio del placer rige la vida anímica a sostener que el principio del placer aspira al cero y que todo aumento de tensión es displacentero. Pero Freud esta cuestión no la puede interrogar precisamente porque es un postulado. Su texto sí la puede interrogar a veces, en la medida en que un texto desborda, cuando es realmente un texto, los prejuicios del escritor. Todavía hay una tercera suposición, aún más lejos de poder ser discutida, que sería la suposición en la que descansan todas las otras formas de la suposición, que es que tenga que existir una tendencia en el aparato psíquico, que sea indispensable acudir a creer en su existencia y en su necesidad, sea cual fuere su nombre, inercia o placer.

En el segundo capítulo del libro mencionado, que es donde nos vamos a detener, y donde además vamos a abandonar “Más allá del principio del placer”, Freud empieza la tarea de montar un paradigma clínico que justifique el recorrido que intentará trazar; en su momento

Freud había montado uno muy afortunado, que unía los sueños, chistes, síntomas, actos fallidos, etc. que es el paradigma clínico más enlazado a la emergencia del psicoanálisis; ahora va a tratar de componer otro que justifique su “más allá”, y que a fin de cuentas quedará juntado con eslabones menos consistentes. Hay que percibir que Freud encuentra que la misma radicalidad de sus principios lo pone en un aprieto: si ya el placer era definido como tendencia al cero, a anular el incremento de cantidad, si la diferencia que introduce la cantidad es la enemiga del placer, ¿cómo ir más allá? De hecho esto producirá en el texto un extraño movimiento sin movimiento, porque habrá un cambio ¿_ léxico en relación al cero, 10 que antes se llamaba cero dejará de llamarse cero, el cero cambiará de nombre, el Q=O cambiará de nombre, pero el cero se mantendrá inmutable, entonces todo el asunto produce la impresión, en esa perspectiva, de un hombre que avanzase en una escalera mecánica que funcionara en dirección contraria, el hombre camina incesantemente pero está siempre en el mismo sitio, y no obstante algo no deja de desplazarse. (Otra complicación no abordada es que, aquí como en otros lugares, la presión que ejerce el cero obliga a Freud a asimilar –sin formularse nunca un repaso que parecería elemental– la obtención del placer a la “evitación del displacer”, tratándolos como si fueran la misma cosa, lo cual es un reduccionismo que *debería* sonar insólito a “la escucha” de los psicoanalistas. Pero no.)

El primer elemento de este montaje son los sueños traumáticos, los sueños donde se representifica el trauma. Los sueños, asocio ahora, que estarían invitando a una revisión del estatuto del sueño como fenómeno transicional.

El segundo elemento de este paradigma, y aquí llegamos al punto que nos interesa, es el juego, el juego de un niño, pero en verdad el segundo elemento de este paradigma va a reconducir a lo traumático, ligado a la madre yeso de dos maneras muy diversas: ahora el trauma lo constituirá la partida de la madre mientras, a la vez, su presencia y la unión con ella también se pensarán como del orden del trauma. Posibilita esta situación una extraordinaria ambigüedad en la concepción de la figura

materna, ambigüedad que concierne a una dificultad que el psicoanálisis jamás ha de resolver. Se trata entonces del juego bien conocido, revelada incluso la identidad con el tiempo del jugante, un nieto de Freud, el juego que, en otro libro colectivo (Rodulfo 1995), propuse nombrar más apropiadamente como juego del arrojar, y/o del arrojar y traer (a veces) de vuelta. El relato constituye la secuencia más larga que Freud haya dedicado a un niño jugando, a un niño en juego, una larga secuencia narrada con una destreza incomparable. Ahora detengámonos sobre las condiciones y los presupuestos de lo que Freud llama una observación, (y con la que se inaugura un género que ya estaba inaugurado por otra parte en Psicopatología de la vida cotidiana, el de la observación psicoanalítica), categoría que queda sofocada a veces en nuestros tiempos por la unilateral acentuación de la palabra «escucha», pero la observación psicoanalítica, fuera de la situación psicoanalítica inclusive, es otra cosa que escuchar. Casi siempre cuando un texto de Freud está lleno de cosas aparecen notas al pie decisivas, y esto también ocurre aquí. Los presupuestos de esta observación tan finamente matizada se nuclean en torno a dos proposiciones, en dos cláusulas a examinar; son dos cláusulas que pasan desapercibidas al que lee preocupado por el sentido del texto, requieren una lectura. La primera de estas cláusulas es, “sin ninguna duda”, el “sin ninguna duda” señala el punto de inflexión decisivo en esta observación, porque el “sin ninguna duda”, es el que va a funcionar como generando la atribución de sentido al juego. Recordemos que el nieto de Freud tiene la costumbre de arrojar cosas por todas partes, juega casi exclusivamente a arrojar, mucho más raramente a traer algo de vuelta, disimetría que Freud no deja de consignar y que le trae muchos problemas, y esto digamos lleva a Freud a la cuestión del sentido atribuible a esta “manía” del niño. Como hombre del siglo XIX que Freud es, y que sigue siendo siempre, no puede despegar una observación como esta de la problemática hermenéutica si ha de asignarle algún valor al juego y el sentido que lo jerarquizará va a ser presentado por el “sin .ninguna duda”, y la rotundidad del “sin ninguna duda” a la partida de la madre. El sentido del juego queda encadenado

a la partida de la madre, y a ser esclarecido por lo que ella provoca, por las dos “ellas”, digamos, la partida y la madre; y si nos preguntamos de donde sale aquella rotundidad nos vemos reconducidos a un presupuesto, a un postulado, la rotundidad del “sin ninguna duda”, porque es muy fuerte decir “sin *ninguna* duda”. Digamos que allí Freud se coloca en una posición particular, Freud sabe “sin ninguna duda” qué es lo más penoso para el niño, lo más penoso para el niño es la partida de la madre, y el desequilibrio que eso le provoca es lo que el juego intentaría de alguna manera rectificar. Se propone así una secuencia: primero, partida de la madre; segundo, el juego emergiendo de esa partida, y tomando su sentido de ella. Señalemos de paso que el juego del niño queda colocado así en una posición de actividad *reactiva*, consecutiva, secundaria, secundaria a, por ejemplo una partida.

En este punto uno debería o podría preguntarse ¿y la atención flotante? ¿Qué ha sido de ella? La atención-flotante aquí; “bien gracias”, porque hay un salto en la observación que el “sin ninguna duda” justamente tiene como función estratégica en el texto disimular; el salto radica en que no se trata de que la observación clínica del juego ilumine a Freud, y de ella extraiga la conclusión de lo decisivo de la partida de la madre. Antes bien Freud, le aplica al juego una tesis cuya inamovilidad impide ponerla a prueba, donde esa partida coincide siempre con algo que Freud ya “sin ninguna duda” sabe de antemano. Aquí llegados, lo fulgurante de este sentido de la partida de la madre va a absorber toda especificidad posible del juego en sí mismo, el texto así leído opera una doble reducción: la primera es la reducción del jugar al juego, que ni siquiera está entrevista aquí, y que hará falta llegar hasta Winnicott para que pueda recién desplegarse y dar lugar a trabajar *sobre* ella. La segunda mucho más claramente planteada, es la del juego a un sentido que lo trasciende. Que este sentido sea inconsciente para el caso complica las cosas para los que no son psicoanalistas, pero para el problema que estamos discutiendo no agrega ni modifica nada específico en cuanto al hecho de la reducción. Introduce en cambio el problema que Freud mismo señalará con mucha

sagacidad y por el cual se disculpa de la monotonía del sentido, lo que él llama la “monotonía” de las interpretaciones psicoanalíticas; como si dijéramos la policromía del juego es reducida a la monotonía del sentido; por mi parte disculparía en este punto al psicoanálisis, no es el psicoanálisis el culpable de la monotonía del sentido; donde hay sentido, donde hay reducción al sentido, siempre hay monotonía, porque la operación de dar sentido es indisociable de una operación reductora de las potencias productivas de lo que así es significado. Por lo tanto en toda operación de sentido así planteada inevitablemente hay un efecto de monotonía. Otros psicoanalistas posteriormente también lo notaron, como por ejemplo Marie Bonaparte.

Entonces, ¿En qué se enraíza este sentido? Página 15 del segundo capítulo de “Más allá del principio del placer” (Freud 1980): “Es imposible que la partida de la madre le resultara agradable, o aún indiferente”. El “es imposible”, se ve, cumple la misma función que el “sin ninguna duda” al que viene a reforzar. Entre ambas, más bien categóricas, aseveraciones fijan las claves del juego, surgido del deseo de estar ininterrumpidamente con la madre, paso decisivo para ir convirtiendo a esa madre en una figura muy peligrosa. Es interesante hacer notar lo siguiente: a posteriori de Freud, muchos psicoanalistas volvieron *sobre este texto* —por lo general sin los matices de aquel con la pretensión inclusive de “mejorarlo” teóricamente, (es por ejemplo la posición típica en Lacan. Lacan siempre trabaja de “yo soy el que teorizo mejor las cosas”), sin que en el considerable espesor que generan todos estos retornos deje de cumplirse cierta inercia, cierto pasar de largo dando por sentado el sentido ya establecido por Freud: tan sólo se remoza o se complejiza la conceptualización pertinente. Cabe una pregunta: esta inercia en el retorno, esta repetición, esta compulsión de repetición en tomo al juego del nieto de Freud, ¿será atribuible a la madre o al padre?, porque por lo pronto pareciera en relación con una transferencia al patriarca, con una transferencia al que se postula como el autor, como el padre del psicoanálisis, con una transferencia en suma, que funda la sumisión al fundador.

Digamos que los matices por los que se atraviesa, que se desprecian en todos esos retornos desde la práctica con niños, desde el trabajo analítico directo con niños y no sólo con niños reconstruidos, desde muchas otras observaciones y trabajos no analíticos referidos al niño también, permitirían objetar lo siguiente: desde siempre, y sin importarles nada del sentido, los niños arrojan y gozan de arrojar sin importarles nada tampoco ni la presencia ni la ausencia de la madre ni de cualquier otro personaje; en la perspectiva del juego, y del valor del jugar del niño como práctica subjetivante, este gozo de arrojar parece una actividad independiente en la espontaneidad de su emergencia de las idas y venidas de la madre a las que el sentido establecido pretende confinarlo. De una manera más indirecta Winnicott apuntó en esta dirección, aunque también hay que decir que el relato de la observación de Freud es lo suficientemente matizado clínicamente como para no dejar de entrar en conflicto el registro de lo que él llama allí “el observador”, con sus presupuestos, porque a Freud no se le escapa consignar que el mayor deseo de este niño parece ser arrojar y no el deseo que a continuación él oficialmente le atribuye. Lo que no lo detiene para afirmar que el juego es la reacción a una partida no querida, a una separación que le es impuesta, la separación de la madre.

Vamos a decidir así: por eso los niños juegan; ¿por qué juegan los niños? Por lo que les duele esa partida. (Dicho sea de paso, el principio de inercia, la creencia en él, hace que sea necesario preguntarse *tanto* por qué los niños juegan, en razón del supuesto de que nada interesa más al “aparato” que el cero, lo cual toma enigmático el deseo espontáneo de ponerse a jugar *porque sí*.)

A posteriori de Freud, la situación se complicará más todavía debido al paso teórico que hace de este primer juego del niño, desde este *un* primer juego de *un* niño, el primer juego en general, el primer juego de los niños, lo cual, además de ser falso, Freud particularmente no pretende afirmarlo en ningún lado, no le da ese carácter paradigmático, no lo propone como primer juego teóricamente hablando, pero, sin mayores

problemas, muchos psicoanalistas practicaron y practican esta asimilación; promoción del “fort/da” a “origen” del juego.

En la misma operación otra cosa será simultáneamente promovida, la idea que sinonimiza, nombra cualquier crecimiento posible a un alejamiento radical de la madre, de la figura femenina: la figura femenina se pensará como interpuesta entre el niño y su realización subjetiva. La madre –su imago tanto como su funcionamiento efectivo– se perfila así como lo que cierra el paso al horizonte del desarrollo psíquico. La madre indistinguida del deseo por ella, más allá de las declaraciones o declamaciones conceptuales donde esto parecería no suceder. Por mucho tiempo, el único pensador en sustraerse a este movimiento general es Winnicott, cuyo texto obstruye una asimilación rápida de un proceso de diferenciación psíquica a separación; pero la tendencia psicoanalítica prevaleciente las homologa, particularmente –demasiado particularmente– cuando esa separación se apellida “separación de la madre”. Poco a poco nos vemos así llevados a la fijación del psicoanálisis en cierta imago de madre, indirectamente delineado. Digámoslo así: lo abstracto del principio de inercia, lo abstracto de esa $Q=O$, va a buscar, a través de una serie de desplazamientos sigilosos, encarnarse clínicamente en el deseo de unión-reunión con la madre; mientras que la separación con la madre, la partida de la madre, etc., provocaría ese incremento penoso de la cantidad, de la cual el juego procuraría entonces liberarse. Pero el deseo de unión reunión con la madre, va a hacerse cargo, la pareja madre-niño, dicho de otra manera, va a tener que hacerse cargo de encarnar clínicamente el principio de inercia, de modo que el primer logro cultural –como Freud mismo lo señala– será aceptar la partida de la madre, el rodeo que implica separarse de ella. A través, y como resultado de toda esta reacomodación, la figura de la madre quedará cada vez más puesta *en el lugar mismo del cero*, en el cero mismo, en aquello que vacía al aparato psíquico de cantidad, operación mucho más formalizada todavía cuando en relación a esto se postule la noción de goce como diferente y como más allá de la de placer.

Como en Lacan en ese “punto, para Freud pero de una manera diferente la figura de la madre tendrá todo que ver con la encarnación de cierta verdad velada-develada allí, la verdad del cero en este caso, la verdad del cero como punto fusional, mucho más teniendo en cuenta que esta observación pone en escena la pareja más idealizada por Freud, la que conforman madre-niño varón.¹ La pareja más idealizada y exenta como se pretende de ambivalencia, de tensiones diferenciales, mucho más congrua con el cero.

Lo que no se puede plantear en este esquema, lo que no se puede pensar en este esquema, y que por eso mismo Freud nos lega (si retenemos la valiosa observación de Heidegger en cuanto a lo no pensado como la herencia más rica de un pensamiento, lo cual, añadiría, sólo es cierto si realmente queremos pensar pues, si queremos simplemente citar uno se puede ahorrar todas estas molestias) lo que no cabe ser pensado en el sistema freudiano: que el niño pueda *desear* algo del orden de la no presencia;² que el niño pueda desear, por ejemplo, una madre que vaya y venga, no decimos una madre que siempre se vaya, sino una madre que a veces se vaya y a veces venga. El esquema no tiene sitio para esta posibilidad, por lo tanto, la diferencia tenderá a ser pensada, en su asimilación al registro de lo traumático, de una manera literal o metafórica, de una manera intensiva o amortiguada. Por ejemplo: a partir de este postulado el encuentro con los otros genital es o con los genitales del otro, sólo es imaginable o imaginarizable como una especie de percepción siniestra o traumática, inevitablemente, en la medida en que se postula que el incremento de tensión es *por sí mismo* displacentero. Vale la pena recalcar el carácter mítico de esta cuestión, porque en otro registro Freud sabe, y no deja de escribirlo, que hay tensiones placenteras, pero es justo allí donde se acentúa el peso de lo mítico: se sabe de esto pero no obstante uno cree

¹ Ver en la Mesa Redonda “Una introducción interdisciplinaria a la problemática de género”, en el capítulo 2 de este libro, las observaciones de Gilou García Reinoso.

² Para esta categoría, remitimos a Jacques Derrida.

igual que la tensión es displacentera y que el extremo de lo placentero coincide con el cero de tensión.

Consecuencia no de menor alcance del postulado es una abertura insondable, una disyunción muy seria entre el deseo y la diferencia, en tanto el deseo se piensa como el deseo de la abolición de toda diferencia. En colisión por supuesto con otro montón de cosas que el texto freudiano, al mismo tiempo, está procesando.

Llegamos a la segunda cláusula, a la otra segunda cláusula aseverativa que completa este dibujo, esta silueta de la figura materna. “Es imposible”, dice Freud, que la partida de la madre le fuera al niño placentera o por lo menos indiferente, esto es imposible. Este “es imposible” es tan rotundo como el “sin ninguna duda”. Sin ninguna duda es imposible, sin ninguna duda es imposible para Freud imaginarse un niño para el cual la partida de la madre pudiera resultarle esas cosas, indiferente, o placentera a veces. Límite absoluto en el texto freudiano, es como si dijéramos, en términos de cuerpo imaginado: algo imposible de imaginar, un niño imposible de ser imaginado. Pero el problema, en lo que hace a la problemática de la mujer, es que todos estos imposibles se van a ir poniendo en la cuenta de la peligrosa madre arcaica, que va a ir funcionando entonces poco a poco como una especie de figura de succión, algo que chupa demasiado hacia sí, como una especie de mortífero lugar del cero. Ahora bien, Freud se encuentra frente a una dificultad y una brecha que tiene que llenar en relación a este “es imposible”. Porque su mismísimo nieto le muestra después de todo que esto es bien posible, en verdad este chico se separaba sin ninguna dificultad. Un niño obediente, como consigna Freud, aunque no tan obediente que no desobedezca al abuelo, porque el abuelo exigía en sus presuposiciones que el niño gozara más con el retorno, “sin ninguna duda”, y este niño se empeña en gozar más con el arrojar, con la partida. Hay una brecha indisimulable allí, Freud la tiene que llenar; para llenarla va a inventar un eslabón intermedio, la brecha es entre su presuposición, entre su postulado y la observación que registra, que es la de un niño que no muestra ninguna angustia y está jugando, y la madre

puede irse sin dificultad. No queda otra que la invención de un eslabón intermedio construido, digamos, postularlo a su vez, y por otra parte una teoría del juego que ha de cumplir dos funciones: primero, explicar la transformación afectiva entre la angustia que el niño debería sentir y lo contento que efectivamente está; segundo, devolver el juego —mediante la asignación de un sentido que no es cualquier sentido sino el principio de inercia, evitando la eventualidad de que el juego se desenmarque de aquel principio, haciendo que lo respalde. Esto es muy importante, y aún más de lo que Freud podía entrever en 1920, porque, en su emergencia espontánea, incondicionada, porque sí, ajena a la semiosis, el juego es una amenaza a la existencia misma de la idea de un aparato psíquico que buscaría abandonado a su propia moción, espontáneamente, el cero y nada más; el jugar en cambio, busca continuamente la diferencia, mejor dicho, no la busca, la produce, la inventa. El eslabón intermedio será un “vivenciar pasivo displacentero”. Hay un vivenciar pasivo displacentero ligado a la separación con la madre, y el juego se hace cargo de transformar este vivenciar pasivo displacentero en una actividad placentera.

Esta estructuración de la secuencia determina automáticamente un límite del juego, porque va a ser activo, claro, pero reactivamente activo, en la medida que toda la actividad del juego queda como reaccional, reactiva a un supuesto aparato psíquico en un principio pasivo. El estructuralismo, mucho más que Freud, gozó en todo sentido con el mitema de un niño originariamente pasivo y sólo después activo, le vino de perillas, digamos, para su producto teórico.

Y habrá que esperar a Winnicott, o más bien habrá que tomarse el trabajo de encontrarlo, para concebir un niño activamente activo y no sólo reactivamente activo. El texto de Freud tiene además un pliegue, un pliegue que Freud no consigna, y que por sí mismo es interesante. Es una observación, —cuando Freud habla del observador se refiere a sí mismo, neutralmente, como “el observador”— pero el observador no es tan neutral; es una observación consignada y controlada por los presupuestos de un abuelo, en un diálogo del abuelo con su hija, con la madre del chico, en

un diálogo que, de una manera interesante, excluye al marido, y son las proposiciones del padre, del patriarca digamos, son las verdades del padre las que están enunciadas desde el emplazamiento de la observación. La posición del observador en este asunto, en cuanto a posición transferencial, no queda articulada en el texto, y por otra parte, la observación de Freud, insisto, es lo suficientemente sagaz y lúcida para dejar siempre retornar la diferencia, una diferencia irreductible al principio de inercia en que se la quiere subsumir (ver Derrida 1988). El niño goza más con arrojar, si Freud quisiera seguir el hilo rojo de los hechos, de los hechos clínicos, se vería llevado allí a tener que pensar en un aparato psíquico que busca la cantidad, que busca la diferencia de la cantidad, que busca el incremento de cantidad y no su reducción a cero, pero eso es imposible e impensable en los marcos de este postulado, y además en lo que atañe al trazado que estamos haciendo trastocaría toda la problemática de la femineidad.

Es muy curioso y vale la pena detenerse en como este principio de inercia que habitualmente ni se menciona— porque habitualmente hablamos de principio del placer, de pulsión de esto o de lo otro, de lo que fuere, este principio de inercia sigue rigiendo y rigidificando el inconsciente teórico del psicoanálisis, y *yo* diría precisamente es la eficacia que tiene *la creencia en la que no se cree*, la mayor eficacia suele tenerla una creencia en la que nadie cree. El mismo Freud, cuanto más adelante va en el texto de “Más allá del principio del placer” menos cree en lo que está desarrollando, lo pone entre signos de admiración: “¡pero esto no puede ser así!”. Esto no puede ser así, “pero aún así” voy a creerlo igual, me veo compelido a creer esto, lo cual delata el carácter mítico del asunto, que hace, según decíamos, no tanto al principio de inercia como a la inercia de (creer en) los principios. Pero como se sigue repitiendo, y circula como moneda desgastada, muy adocenada a menudo, desde luego, pero circulante y con tremenda eficacia, obliga a compaginar toda novedad teórica en sincronía aunque sea aparente con el postulado. Por otra parte la radicalidad de esta posición de Freud, hay que hacer observar, no es como decir, “a veces”, o “en alternancia con”, sino que arrastra términos como “sin duda”, “siempre”, “nunca”,

etc., irá acomodando, acorralando, cercando, la imago materna en el lugar de realización del principio de inercia. Unirse, fundirse a la madre plasma $Q=O$. La “vesícula indiferenciada” que decía Freud, se transformará con el tiempo en la “célula narcisista” madre-niño, con un desconocimiento o una ignorancia singularmente curiosa en lo que hace a lo que singulariza una célula. Por de pronto el problema de esta célula así conceptualizada es que no funciona como una célula, es decir como un sistema abierto a los intercambios, poroso, en su membrana y con fronteras por demás ambiguas, sino que funciona como una mónada, como aquellos átomos, indivisibles y absolutamente cerrados, de Leibniz. Simétricamente, esto irá enderezando las cosas a que la figura del padre se haga cargo de lo indirecto del rodeo y de la diferencia, en la medida en que del lado de la madre se acumula lo inercial del cero y de la indiferenciación. Un aporte subterráneo, pero muy fuerte, a esta imago de la madre, lo concreta la posición dominante de la envidia, inaugural para Freud de la especificidad de lo femenino: añade malignidad a la imago de la madre, según el eje conocido de las ecuaciones clásicas del psicoanálisis, en la medida en que el aumento de tensión displacentera provocada por el pene y la envidia del pene que no se tiene queda reducido a cero con el hijo que se tiene. De este modo la unión madre-hijo vuelve a sellarse con un potencial maligno aterrador y sede de todas las patologías posibles (que se amontonarán confusamente a su alrededor, desde “la” psicosis hasta los trastornos de la alimentación, sin olvidar “la” perversión), así como el mitema de lo paterno se hará cargo de una serie de efectos de normalización.

Pero en todo caso, esto no se hace en el texto freudiano sin importantes desajustes, tironeos, desprolijidades, diría yo, elogiando que en un texto haya desprolijidades para que funcione verdaderamente como un texto y no como un sistema teórico coherente. Una de las mayores, el avatar sufrido por el mito de Edipo y su derivado teórico, el concepto del complejo de Edipo y el lugar de la madre en él. En efecto, originariamente, en “La interpretación de los sueños”, cuando hace su primera referencia pública al respecto, el mitema de lo edípico y el deseo de unión incestuosa

con la madre se enraizan en el texto freudiano, *al deseo de ser grande*, son parte de su movimiento, se esfuerzan en realizar su anticipación. Esto era otra cosa, porque colocaba a la madre adelante, en la cultura, digamos, y no atrás en la naturaleza, pero esta oposición no podía ser mantenida en el texto mucho tiempo, no por voluntad o intención deliberada de alguien sino simplemente porque entre otras cosas, (y siendo el psicoanálisis una disciplina con clínica) el principio de inercia, reclama un lugar donde encarnarse. Y por muchas razones que venimos despejando, la imago de la madre en particular, y de la mujer en general, va a ser la más indicada para encarnarlo. A medida que avanza el texto freudiano en su despliegue histórico y a medida que avanza con él el movimiento de colocar lo edípico en el centro de la teoría y de la constitución del niño, más y más lo hará en términos de una lógica binaria donde se enfrentan lo progrediente y lo regrediente, la naturaleza y la cultura, la fusión y la diferenciación, en resumen y en el fondo: el bien y el mal, (lo alto/lo bajo), por ejemplo bajo la forma “científica” de lo sano y lo enfermo. Esta no exhaustiva enumeración nos advierte que una vez más estamos en la red metafísica que nos envuelve desde Platón. E irá formando sistema con el padre, porque en esta marcación de términos cada uno, siempre e invariablemente cada uno de los términos marcados positivamente, “razón”, “progrediente”, “diferenciación”, “cultura”, serán términos cóngruos con lo paterno, y cada uno de los términos devaluados negativamente y afectados de peligrosidad serán cóngruos con lo materno.

En definitiva, mi idea al respecto, la escribí muy brevemente en un trabajo reciente (Rodulfo 1996), es que en verdad el mito de Edipo, al menos en su versión psicoanalítica, esconde entre sus pliegues un mito *anterior* al mito edípico funcionando sin que se lo advierta en la manera de pensar el concepto “complejo de Edipo”. Cuando Freud dice allí, “padre”, “madre”, lo dice de una manera inevitablemente ingenua, como si fueran categorías naturales, descripciones ‘puras’, el papá, la mamá, como observables, empíricos, sin advertir que lo que está comprando son paquetes ideológicos, que términos como “padre” y “madre” vienen

ya, como diría Barthes, con una carga semántica muy densa; por mucho que se quiera hacer de ellos puros significantes son ya indisolublemente *significados*, y este mito anterior gobernando como se piensa lo femenino y lo masculino va a gobernar y reducir los modos de pensar lo edípico en psicoanálisis, incluidas sus impasses.

Ahora bien, ¿que proposiciones podríamos al respecto empezar a delinear?, o sea, si hay un punto, a mi juicio, que merece toda la discusión y el remolino de hablar de nuevos paradigmas y de interesarse por lo que está ocurriendo en la física contemporánea, —un tanto tardíamente, pero bueno, más vale tarde que nunca, como se dice—, si hay un punto que merece la introducción de esta problemática en el psicoanálisis es la discusión de aquel postulado y la inercia de aquel postulado, ya que Freud mismo lo indica claramente, el postulado verdadero es el del principio de inercia puesto que Freud hace derivar la pulsión de muerte como un caso particular de él, y de ningún modo reemplaza —como se enseña en esas clasificaciones de la teoría de las pulsiones adocenadas al uso de los grupos de estudio— no con otra; invariablemente el postulado de inercia se mantiene siempre separado, trascendental respecto al murmullo de las alteraciones conceptuales. Es por esa razón que si hay un postulado que merece ser discutido en psicoanálisis es éste. Si este no se discute, no se puede discutir nada seriamente. Por ejemplo, un niño que estuviera pensado, —como hay muchos motivos, desde la clínica y desde otros registros para pensarlo— como deseando la diferencia, como un niño que deseara la diferencia, en vez de ser conminado a ella, un niño que no sólo buscara sino que provocara la cantidad, un niño abierto al ir y venir, requiere obviamente una metapsicología de cimientos bien diferentes, no es un niño que pueda ser concebido en el marco del principio de inercia. En cuanto a la actividad lúdica, el hecho de jugar, tiene como su movimiento, lo más radical que de ella puede decirse el que no consiste sino en la producción de una diferencia, que a veces llamamos juguete, (a veces llamamos juguete a que el niño agarró algo y lo moduló lúdicamente, estableciendo así una diferencia con lo que eso era antes y a veces será después), diferencia que

requiere una metapsicología diferente. Por lo pronto, requiere un niño que no sea complementario de la madre, ni de su deseo, un niño que no esté sólo inmerso en una relación con su deseo, girando en torno a la aspiración a fundirse con ella, a su vez requiere otra cosa de una madre. Hay un señalamiento en Winnicott decisivo al respecto, como de costumbre, dicho al pasar: y es que lo que ayuda en el desarrollo de la subjetividad humana a que el niño vaya abriéndose paso, a que la diferencia se vaya abriendo paso, agregaríamos, es muy destacadamente el deseo de la madre de “retomar su propia vida”, Más allá de lo fenoménico de las vicisitudes de la crianza y sus pasos “objetivos”, este deseo de retomar su propia vida merece ser pensado hasta el fondo, por lo curioso de la posición del niño implicada, no del orden de la propia vida de la madre, suplemento³ como por fuera de la propia vida de la madre, mejor dicho aún, en una posición ambigua, flotante, ora de lo más propio de la propia vida de la madre y a la vez excediéndola y no perteneciente en rigor a ella, otra paradoja a soportar y que no mucha gente la soporta, aunque hay gente que sin estudiar nada la soporta muy bien y la pone en práctica, pero en todo caso, para ayudar a la gente a soportarla tendríamos los psicoanalistas que empezar a hacerlo nosotros, y si encerramos al niño y su madre en un cerco de ecuaciones complementarias, en un círculo cerrado, en el círculo vicioso por ejemplo niño=pene, no se ve cómo podríamos ayudar a romper una formación tan del orden del double bind. Por otra parte, la clínica ¿qué tiende a hacemos pensar? Para el caso, ¿es el ello de la madre, de la mujer, o es su superyó, es el ello en tanto tendencia salvaje, “cruda”, o es su superyó el que repetitivamente la empuja a una relación de poseedora-poseída con respecto a su hijo? ¿Hay que pensarlo como una tendencia intrínseca a reapropiarse su producto, tendencia que la cultura debería morigerar, o es un mandamiento superyoico idealizado, en un régimen de poder con muchos motivos estratégicos? Recuerdo el material de una paciente joven, también madre joven, que comenta en sesión muy

³ Remitiéndonos al motivo del suplemento en Jacques Derrida

sorprendida por un ataque de cólera de su marido poco común en él. La pareja tiene una beba de pocos meses, la beba ha contraído una anginas y levanta de pronto una brusca fiebre, como es común en los bebés, lo que desencadena casi pánico y furia en él, que le imputa que todo es por culpa suya, y le repite varias veces “siempre en la calle vos”, “siempre en la calle”, “siempre en la calle” que apunta a la actividad profesional de ella, que aparentemente no conflictuaba al marido hasta entonces. Ahora bien este “siempre en la calle”, remite a toda una estrategia superyoica, y a toda una serie de mandatos para devolver a la mujer a la célebre “célula narcisista”. Es más, uno podría pensar en los mismos como una derivación indeseable en no pocos casos de las prescripciones psicoanalíticas⁴ en todo su efecto propiamente significativo en tanto llevan a la *creencia*; de tanto decir que la madre es cógrua con lo arcaico y que aspira a tener al hijo absorbido en su mortífero seno es posible que haya alguien dispuesto a creerlo, sobre todo cuando esto se sobre determina bien. Hay un efecto de creencia-creación, como efecto significativo, y al respecto yo me debería ver llevado a modular una posición anterior, aunque no sea éste el lugar de entrar en semejante cuestión, y a pensar toda la problemática de lo que podemos llamar “significante” en el plano mismo del superyo, revisando lo que en otra parte (Rodulfo 1989), siguiendo una estrategia extraída de los Lefort, me condujo a diferenciar y oponer significantes del sujeto y significantes del superyó. Hoy me siento, por lo menos hipotéticamente, más inclinado a interrogarme acerca de si todo –lo del significativo, en última instancia, no funciona a fin de cuentas como del superyó, y si el efecto de subjetivación, más que en adquirir un significativo del sujeto, no estriba en desmarcarse respecto a su semiosis, pero ésta es otra inmensa cuestión.

Todo lo cual nos empuja también, y pasamos por Winnicott más de una vez, a mi juicio no casualmente, a plantear –vengo insistiendo

⁴ Irene Meler se refiere a esto a propósito de las prescripciones psicoanalíticas, que no sólo se ejercen en los consultorios, no olvidemos que entre nosotros al menos el psicoanálisis está muy diseminado en los medios en general.

en esto en diversos lugares y en algún que otro escrito— la necesidad de un verdadero trabajo de lectura de Winnicott, un trabajo que no hemos hecho, que personalmente en la medida de mis fuerzas, he comenzado a tratar de hacer, y que algunos que otros han empezado a tratar de hacer también, pero sin que todo esto deje aún el carácter de lo muy incipiente (Loparic 1998). Antes que nada, por una razón: pienso que, sin explicitarlo demasiado, Winnicott es el único psicoanalista que parte de otro postulado, y no es solamente que no acepte la pulsión de muerte como dice él, manifiestamente en desacuerdo con esa conceptualización a propósito de sus diferencias con Melanie Klein, más allá de eso y mucho más allá de eso si hay algún postulado respirando en su texto no es el de un principio de inercia. Por lo pronto retengamos lo siguiente: Winnicott dibuja un niño que se separa antes del adulto que el adulto de él *y por su propio movimiento*, no por la intervención deus ex machina de un tercero providencial o por medio de una prescripción cultural salvadora, ni tampoco por un desarrollo diádico interactivo y progresivo; antes que todo eso cuenta su propia pujancia, lo que Winnicott llama “empujar de cabeza”⁵, pero por otra parte Winnicott, por lo menos hasta la aparición de firmas como las de Jessica Benjamin y Daniel Stern, es el único de su generación en intuir la diferencia entre “separarse con” y “separarse de”, en tanto el psicoanálisis tradicional, al inventar la figura de una madre lugar del Q=O debe luego elaborar trabajosamente una serie de estrategias conceptuales destinadas a resolver cómo separarse de semejante figura y sobre todo cómo hacer para alejarse de semejante polo de atracción con tal colosal fuerza succionante.

En Winnicott, más bien se insinúa la idea de un proceso de separación acompañado, acompañado antes que primordialmente dirigido contra el otro; lo que pasa es que en este último caso la alteridad del otro es siempre en principio mi enemiga, lo cual está en el horizonte

⁵ “Head-first”, literalmente “cabeza primero” o “primero la cabeza”. Ver Winnicott 1975, p. 215.

del principio de inercia, está en el horizonte freudiano, proposición que en verdad, mucho más atrás nos lleva hasta Hegel. Movimiento que nos retrotrae a mi pregunta en la apertura de este encuentro: ¿hay tal cosa como la interioridad de la teoría psicoanalítica con fronteras firmes?; preguntado de otra manera ¿qué de los efectos de esa interioridad es tributario de complicidades metafísicas ineludibles? ¿De qué se está haciendo cómplice Freud sin saberlo, y hasta creyendo orgullosamente ser original, cuando responde al principio de inercia? Recordemos Hegel, por ejemplo, también podríamos decir Kant, pero vayamos a Hegel. Simplemente dos proposiciones:

Hegel caracteriza a la mujer como el enemigo interna de la comunidad, en tanto ese paso, ese escalón superior de la comunidad como tal, como pueblo, (ya casi parece estar oyendo a Hitler) que es el Espíritu Absoluto encuentra en ella la fuerza regrediente que tironea hacia el ámbito de lo concreto, de lo familiar, de la unión de la familia, del repliegue de la familia sobre sí misma, del retorno de la familia en sí misma en desmedro de uniones espirituales y culturales más amplias. (La huella de esta concepción en el Eros freudiano es clara). En otra proposición acerca del hombre y la mujer Hegel plantea primero como podría concebirse fenoménicamente la relación entre dos diferencias, pero a continuación en el giro más específico de su pensamiento señala que en verdad la mujer es el lugar de la no diferencia,⁶ mientras que el hombre encarna la diferencia como tal, de manera que la relación no es entre dos diferencias sino la relación de una diferencia con una no diferencia, que por otra parte tiende siempre a absorber esa diferencia y que por lo tanto amenaza al hombre en su realización.

Obsérvese la congruencia, porque no se trata de una mera analogía, de estos principios —que además podrían llevarnos mucho más atrás que a Hegel, pero ya es bastante atrás Hegel para Freud— con el principio de inercia y sobre todo con el lugar que la madre, bajo la imago de la

⁶ V. el “Lo mejor no existe” lacaniano.

madre arcaica, “cocodrilo” (Lacan), etc., tiende a ocupar en la teorización psicoanalítica.

Para ir enderezando esto hacia una conclusión razonable, digamos, interroguemos todavía el tercer punto: ¿tendrá que existir una tendencia, no podemos pasarnos sin postulada? ¿Le es indispensable, le es necesario al psicoanálisis la postulación de un postulado? Lo menos es mantenemos al respecto más bien cautos y a distancia, guardar reserva frente a la postulación de tendencias o principios. En todo caso en este punto mi apuesta es apelar al juego. No para colocado simplemente allí, en el lugar de siempre, en el juego de la tendencia. Su importancia histórica, a través de su irrupción con Winnicott, es la de ser el primer término en desmarcarse y de una manera fuerte, de la reducción al sentido, aunque fuera a un sentido inconsciente, desde que la entera problemática del objeto transicional y de su espacio ya no es la problemática del sentido, es otra, la de una producción de efectos de espaciamiento, de espaciamiento y de temporización. El niño al jugar difiere, difiere en el sentido temporal, cuando incluso posterga alimentarse con tal de jugar. Difere también en el sentido espacial, en la medida de las distancias, los intervalos, las aperturas, los montajes que establece la apertura de un espacio lúdico. Pero por otra parte, para volver a pensar esto, si hiciera falta todavía una tendencia, habría que poder pensar —y uno podría entonces volver a esos temas tan transitados y poco pensados en el fondo como la curiosidad del niño— en un deseo de diferencia, en un gozar de la diferencia en una tendencia, o en un principio a gozar de la diferencia y gozar de la alteridad en lugar de abolida como lo más aborrecible.

Si fuera así yo lo formularía de esta manera: no un psiquismo que busca la distensión, el cero de tensión, ni el psiquismo de dirección invertida, que buscara la tensión, el incremento de tensión, tenemos muchas razones para desconfiar de las inversiones simples en este terreno y en tantos otros sino un psiquismo que vaya y venga, en todo caso que busque y goce la diferencia entre tensión y distensión, la diferencia entre

aumento y disminución, un psiquismo, sobre todo dedicado al “entre” y no de ninguna manera al cero ni al máximo posible.

Pero claro, una metapsicología así no conviene por lo pronto, hay que decirlo, no conviene a una lógica falocéntrica ni conviene a una concepción más o menos dominante de femineidad en el psicoanálisis. No conviene por ejemplo al sistema de ecuaciones más tortuoso y menos asumido, más inconsciente que el otro, que el de pene=niño=regalo, etc., el sistema de ecuaciones que reza madre=naturaleza=cero, donde hasta encontramos la imago, en Lacan por ejemplo, del deseo materno como el cocodrilo con la boca abierta en cualquier momento dispuesto a cerrarse sobre nosotros, esa madre cocodrilo, una extraña imago pero una imago interesante, por la manera en que allí vienen a encontrarse dos pensamientos tan distintos como el de Melanie Klein y el de Lacan.

En todo caso podríamos decir que la construcción de una metapsicología de la diferencia y no de la reducción de la diferencia y no de la lucha contra la diferencia debería poder pensar el problema de un psiquismo abierto a la diferencia, dispuesto a la diferencia pero que muy precozmente se ve moldeado por dos operaciones en las cuales la imago de la mujer y de la madre queda muy comprometida: la operación de organizar todas las diferencias reprimiéndolas, al convertidas en antinomias, oposiciones, propias de la lógica fálica. O sea, reduciendo toda diferencia a una confrontación opositiva; y segunda, tendencia dominante también en psicoanálisis, la objetalización, la reducción de la alteridad a objeto. Claramente explícita en Freud y en Melanie Klein, retrocedida, pero no verdaderamente desalojada por Lacan —en quién además las categorías de objeto no porque sí recaen privilegiadamente sobre el niño y sobre la mujer o sobre el niño y la madre— éstas operaciones de objetalización, como al hacer de la madre el primer objeto o el objeto primordial que nos succiona hacia atrás o el objeto de deseo, son decisivas en esa metapsicología que hemos venido examinando, y cuya desconstrucción nos parece irrevocable para cualquier futuro posible del psicoanálisis.

Referências

- Derrida, Jacques 1988: "Interpretar (con) Freud". In: *La tarjeta postal*. México, Siglo XXI.
- Freud, S. 1980: *Mas allá del principio del placer*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Loparic, Zeljko 1998: Winnicott y el pensamiento post-metafísico. *Postdata*, n. 3.
- Rodulfo, Ricardo 1989: *El niño y el significante*. Buenos Aires, Paidós.
- ____ 1995: *Transtornos narcisistas no psicótico*. Buenos Aires, Paidós.
- ____ 1996: *La desconstrucción del complejo de Edipo*. Buenos Aires, Actualidad Psicológica.
- Winnicott, Donald 1975: *Through Paediatric to Psicoanálisis*. Nova York, Brunner/Mazel.